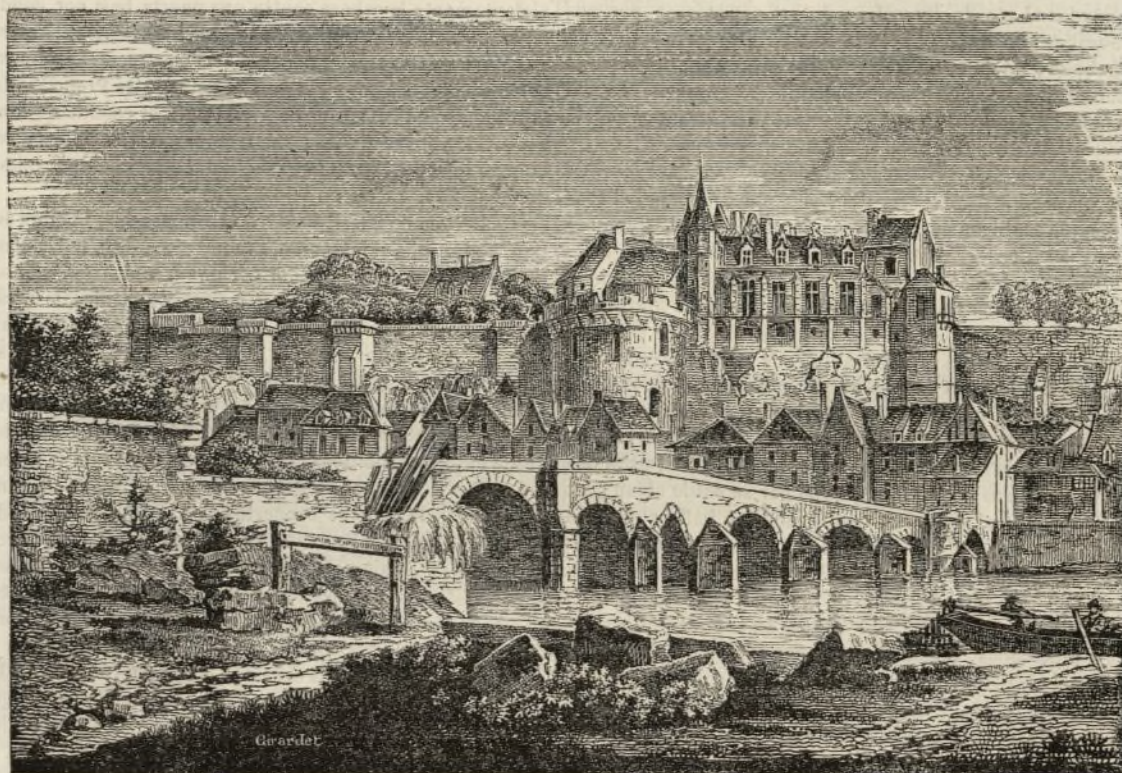


ESTUDIOS DE VIAGES.



Castillo de Amboise.

CASTILLO DE AMBOISE.

Indicado en todos tiempos como una buena posición militar por las cadenas de rocas que allí se levantan, en el sitio precisamente en que el Loira recibe las aguas del río Amasse, ha servido siempre de base á alguna ciudadela. Ya en los años que precedieron al principio de la era cristiana, cuando Julio César quiso asegurar la dominación romana en las Galias, hizo construir un fuerte para asegurar el curso del río sobre el mismo sitio que ocupa hoy el castillo de Amboise. Aquella primera fortaleza llevaba ya el nombre de Amboise que tomó del Amasse, llamado *Ambacia* en lengua latina. Destruído durante aquel período de devastación que siguió á su establecimiento, pero estando enclavado en el corazón de dos provincias que eran la barrera contra los hunos, la ciudadela de César había sido restaurada cuando llegó el siglo de la invasión normanda. Los normandos no dejaban nunca de arruinar hasta en los cimientos, las fortificaciones situadas sobre

SEGUNDA SERIE.—1837.

los grandes ríos que podían detener el curso de sus buques, y el segundo castillo de Amboise fué destruido por ellos en 882. El país de Amboise era entonces un patrimonio señorial. Había sido separado de la corona de Francia por Carlos el Calvo, y feudalmente concedido á un señor llamado Adelaudir. Uno de los sucesores de Adelaudir, Ingelger, volvió á levantar las murallas destruidas por los normandos, y fundó una tercera fortaleza que sirvió de punto de partida al actual castillo.

Los sucesores de Ingelger embellecieron y aumentaron sucesivamente la casa paterna, pero adquirió su belleza é importancia monumental, cuando volvió á entrar en la corona de Francia en 1344. Luis, vizconde de Thomars, señor de Amboise, infiel á la causa nacional, había tomado partido por los ingleses durante la invasión y ocupación del reino á principios del siglo XV. Cuando Carlos VII fué rey de Francia, pudo recompensar y castigar. Los bienes de Luis de Thomars fueron confiscados; así la bandera real reemplazó á la de Ingelger sobre la torre del castillo de Amboise. Sobre todo, bajo los inmediatos sucesores de Carlos VII, Luis XI y Carlos VIII, recibió su principal au-

AÑO IV. 29.

mento. Luis XI, que gustaba mucho verse tras sólidas murallas, moraba voluntariamente en el castillo de Amboise: sin embargo, como tenía los gustos positivos y el humor económico, no gastó nada en embellecer los sitios en que tenía su corte. Pero Carlos VIII, joven brillante, magnífico, rodeado de gloria, y en quien su estancia en Italia había hecho nacer el gusto por las artes, derramaba á puñados el oro de los cofres de su predecesor por sus murallas y torres. Prefiriendo á toda otra mansion la de Amboise, no perdonó gasto alguno para darla un esplendor real. Bajo su direccion el castillo se convirtió en un emblema, esto es, en uno de los mas preciosos monumentos de la antigua Francia.

Edificado, como hemos dicho, sobre una masa elevada de rocas en la confluencia del Loira y del Amasse, el castillo que se dibuja en el estremo de un puente de que hace mencion Gregorio Tours, atestigua la antigüedad en las fortificaciones de la defensa por un lado del rio, y por el otro, hacia el campo, por un ancho y profundo foso abierto en la roca. Sus almenadas murallas sostenidas por contrafuertes macizos y cuadrados, sus torreones redondos, lanzan á los aires su aguda punta formando un conjunto gótico de un admirable y pintoresco efecto. Merecen particular atencion diversas partes del edificio. La capilla, notable por la riqueza de sus adornos, por la esquisita delicadeza de sus detalles, recuerda por su estilo algun poco italiano, que el joven rey que la fundó se hallaba preocupado todo de la Italia, que habia recorrido tan rápidamente en alas de la victoria. El capitel del monumento es una poderosa torre redonda de ochenta y cuatro pies de alto. En su concavidad sube lenta y en espiral una escalera sin peldaños, ó mas bien una rampa cuya pendiente es tan dulce y plana, tan gradualmente inclinada, que puede subirla un carruaje hasta la plataforma, desde cuya cima la vista abarca el magnifico panorama de las tres célebres orillas del Loira.

Aquella rampa está proyectada bajo una bóveda de bastante bellas proporciones que se apoya sobre arcos, sobre cabezas humanas reunidas en grupos. Independientemente de la capilla y de la torre, poseyó el castillo todavía durante mucho tiempo, otra muralla sobre la que el cicerone llama la atencion del viagero. Era una inmensa cornamenta de ciervo acompañada de una cabeza, y costillas gigantescas de un caballo. Todo su aspecto llenaba de sorpresa, cuando en 1700 el rey de España Felipe V, habiéndolas examinado, reconoció que eran obra de un artista hábil sin duda, pero no de la naturaleza.

El castillo de Amboise fué el teatro de importantes sucesos históricos. Allí Luis XI fundó el 4.º de agosto de 1469 una orden de caballería, que colocó bajo la advocacion y proteccion del arcángel San Miguel, á quien reverenció con devocion particular porque fué, decia el acta de institucion, el primer caballero que por defender á Dios batalló victoriosamente contra el dragon, antiguo enemigo de la especie humana, y lo arrojó del cielo. La orden de San Miguel fué tenida en grande estima hasta que prodigada, sobre todo en tiempo de Catalina de Médicis, perdió su

brillante consideracion, y el hijo de Enrique II la llamaba *collar de todas las bestias*.

Los trabajos que hizo ejecutar en el castillo de Amboise, no son los únicos recuerdos que allí dejó Carlos VIII. Allí pasó su vida en gran parte, y allí debia concluir. Queriendo ver jugar de mas cerca una partida de pelota que presenciaba desde una ventana, bajó al foso, y tropezó tan violentamente la cabeza contra una puerta baja por donde tenia que salir, que murió á las pocas horas (1560). Aun se enseña la puerta fatal que causó esta desgracia. Una nueva celebridad vino á reunirse bajo el reinado de Francisco II, en 1560, como un título de gloria para el castillo de Amboise. Vió abrirse algunas sangrientas guerras civiles y religiosas que desolaron la Francia durante la última mitad del siglo XVI.

Godofredo de Barri, señor de La Renaudie, hombre activo, audaz, oficial intrépido, orador elocuente, habia comprometido su vida y su honor por una falsificacion. La proteccion del duque de Guisa le facilitó los medios de escaparse y buscar un refugio en Ginebra, donde abrazó el calvinismo. Su humor inquieto, el deseo de reivindicar su nombre con un golpe atrevido, y el celo por su nueva religion, le hicieron acometer una grande empresa, cuyos resultados debian ser la caída de los Guisas, conocidos desde entonces como los principales enemigos de la reforma, y por consecuencia del triunfo del partido protestante. Despues de haberse concertado con los protestantes de Alemania, volvió á Francia, valiéndose todavía del favor de los Guisas, bajo pretexto de hacer revisar su proceso; pero en efecto para ejecutar el proyecto concebido por él. El estado general de agitacion, de desaliento y de discordia, enmedio de las inquietudes del partido calvinista y otras suscitadas contra la casa de Lorena, no fué difícil á La Renaudie encontrar conjurados. Las probabilidades del suceso parecian seguras, cuando revelaciones hechas á los Guisas descubrieron el complot. A los primeros rumores, la corte abandonó á Blois donde se hallaba sin defensa, para ir á encerrarse en el castillo de Amboise. Los conjurados reunidos en gran número en aquella ciudad, fueron arrestados y puestos en las prisiones del castillo, ó ahorcados de sus almenas. La Renaudie, reuniendo las tropas se preparaba á tentar un golpe de mano para librar á sus cómplices, pero fué muerto por un page antes de haber podido obrar. Colgaron su cadáver en una horca delante de la puerta de la ciudadela con esta inscripcion: *La Renaudie, jefe de los rebeldes*. Condé fué reputado el alma del complot; pero se defendió de ello enérgicamente, y era demasiado poderoso para no admitirse su justificacion. El castillo de Amboise presenció el suplicio de la mayor parte de los conjurados.

Estos sucesos, célebres en los anales franceses bajo el nombre de la *conjuracion de Amboise*, son considerados como el prólogo de las guerras religiosas, de que el asesinato de Vay fué la primera escena.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA

ESTUDIOS RECREATIVOS.

LA CRUZ DE FUEGO.

LEYENDA.

I.

LA TRADICION.

Era el mes de octubre. Las sombras habían estendido su estrellado manto sobre un ameno valle rodeado de montañas, en una de cuyas cimas se encuentra la aldea de.... Sus laboriosos habitantes, cansados de las fatigas del día, se habían recogido al interior de sus hogares. Una nebulosa faja que se extendía por el horizonte, hacía el Occidente, anunciaba la tempestad, no muy remota, fenómeno atmosférico muy frecuente en los países montañosos, y en el otoño. Débiles y fugitivos relámpagos cuyo resplandor aumentaba por momentos á medida que la oscuridad avanzaba, indicaban la proximidad cada vez mayor de la tormenta. La atmósfera era sofocante, y la tierra dejaba percibir ruidos particulares, semejantes á los comprimidos quejidos de la víctima que espera sufrir grandes padecimientos.

En una de las modestas viviendas de la aldea, agrupábase alrededor del hogar una honrada familia. Componíala un anciano de blanca cabellera y bondadoso semblante, una jóven de veinte y seis á veinte y ocho años en cuyo regazo mecía á un tierno infante, dos niños que jugaban á su lado, ambos de muy corta edad, una muchacha como de diez y ocho, que demostraba ser la criada, y dos mozos de labor, separados algun trecho de sus amos.

El apagado rumor de un lejano trueno puso término al silencio que guardaban los actores de aquella escena muda, interrumpido tan solo hasta aquel momento por las alegres risas de los niños. Todas las bocas prorrumpieron en una exclamación: las tempestades en ciertos parages son muy peligrosas, y se temía el peligro que pudiera correr el padre de aquellos niños, el esposo de aquella jóven, el hijo de aquel anciano, cuyo apoyo y sustento era, y á quien esperaban en aquella sazon llegara de un momento á otro.

Todas las respiraciones quedaron suspensas, y había tal identidad de sentimientos en aquella exclamación, que, por un movimiento instintivo, todos dirigieron sus miradas hácia la puerta que daba al campo.

—No hay por que temer, hijos míos, dijo el anciano con voz mal segura, Antonio conoce perfectamente los caminos, y por otra parte, no tardará en llegar.

—Teneis razon, dijo la jóven; pero, añadió estrechando entre sus brazos al pequeñuelo, el paso de la Cruz de fuego, es tan peligroso en noches borrascosas!

—Verdad es, María, replicó el anciano, el torrente que desciende del barranco del Espía, arrastra en su camino cuanto

á su paso se opone. Mas, confiemos en Dios, cuyo poder alcanza á todo lo que existe y sucede en la naturaleza. ¡Ah! si mi hijo me hubiera creído, hubiera aguardado á la feria de Santa Catalina para llevar á vender esa partida de granos.

—¡Qué quereis! dijo María, su deseo de estar libre para entonces, y entregarse con expansion á las fiestas de la aldea en nuestra compañía, es lo que le ha hecho adelantar este viage.

Un segundo trueno mucho mayor que el primero, impuso de nuevo silencio á la familia. Por un movimiento simultáneo se levantaron los criados, y armándose de sus nudosos cayados pidieron permiso al anciano para salir al encuentro de su amo. Dos corpulentos lebreles se aproximaron á ellos moviendo la cola, dispuestos á seguirles.

—Andad, y Dios os guie, mientras nosotros recitamos nuestras oraciones al bendito San Rafael, patron de los caminantes.

Ya se disponían á salir los labriegos, cuando sonaron en la puerta violentos y redoblados golpes, que volvieron la esperanza á los corazones y la alegría á los contristados rostros.

Abrieron precipitadamente, y un hombre como de treinta y seis años de edad, de fisonomía franca y varonil, ojos vivos y aire resuelto, entró en la casa. Rodeáronle todos con solícita curiosidad y afectuosas muestras de cariño, y el recién llegado prodgó sus caricias á los niños, á María y al anciano. En aquel momento, gruesas gotas empezaban á desprenderse de las nubes: los relámpagos, segridos del trueno, se sucedían sin interrupción.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡qué noche tan terrible, Antonio! dijo María á su marido luego que pasaron los primeros momentos de alegría que habían sucedido al temor.

—Terrible promete ser, replicó Antonio. La Cruz de fuego despedía en su parte superior una viva claridad. Dentro de breves momentos, el torrente del Espía bramará en la montaña. Bueno será que pidamos á Dios por los caminantes.

Y todos se pusieron de rodillas, mientras el anciano dejando oír su voz y elevando sus manos descarnadas hácia el cielo, entonó una fervorosa oración que todos repitieron á coro palabra por palabra. Terminada que fué volvieron á sentarse dejando un puesto al lado del anciano al recién llegado, quien cogió sobre sus rodillas á los dos niños que jugaban al lado de su madre.

—Papa, dijo el mayorcito ¿es verdad lo que cuenta la hilandera, de que cuando hay tempestad se aparecen fantasmas en la Cruz de fuego?

—Hijo mio, no creas esas cosas; yo nunca las ví, y el abuelito que tiene mas edad tampoco las habrá visto. ¿No es verdad, padre?

—Verdad es; pero el poder del Señor es inmensurable, y es lo cierto que á esa cruz va unido un funesto recuerdo.

—Referidnos lo que sepais, padre mio; efectivamente he oido contar algo que tenga relacion con ese sitio, pero hasta ahora no hemos oido una relacion despojada de todos esos aparecidos y embustes que me la hacen sospechosa.

—Si, dijo María, yo tambien he oido hablar siempre de fantasmas, y por eso cuando es de noche, y Antonio no está en casa, siento un terror inexplicable.

—Hacés mal, María ¿á qu'én puedo yo temer? ¿No estoy bien quisto con todos? Siempre tuve por norma de mi conducta tratar á los demas como yo deseo ser tratado.

—Hijos míos, dijo el anciano, las acciones del hombre cuando se encaminan á un buen fin, le proporcionan una tranquilidad envidiable: eso te sucede á tí, Antonio. Pero cuando el hombre impulsado por una educacion mala, por instintos aviesos, ó por una de esas pasiones mas funestas, tal como el orgullo escesivo, los celos, la venganza, se encamina precipitado hácia el mal, entonces, su perdicion es segura, su vida es un tormento continuado, y cuando muere, permite la Providencia queden huellas de aquel terrible pasado, para leccion y escarmiento de las generaciones sucesivas. Esto os esplica los rumores populares que amedrentan al hombre sencillo, y sirven de enseñanza saludable al instruido. Asi lo ha dispuesto Dios en su alta sabiduría.

—Contad, contad, dijeron todos poseidos de la mas viva curiosidad.

Y se agruparon todos á su alrededor.

Su atencion mientras duró la relacion del anciano, fué distraida tan solo á intervalos, por el resplandor de los relámpagos que penetraba por las rendijas de la puerta y ventanas, el ruido de los truenos que retumbaba con terrible fragor en la chimenea, y el aguacero que á torrentes se desprendia de las nubes.

II.

LA NOCHE DE BODA.

Pasado un momento que el anciano quedó meditabundo:

—Prestadme vuestra atencion breves instantes, dijo, y oireis una historia terrible, tal como mi padre me la refirió.

En la cima de la colina que termina en el barranco del Espía, se elevaba á principios del siglo XVI un castillo inexpugnable, no tanto por sus obras artificiales de fortificacion, cuanto por su posicion agreste y escarpada. Conociase en las inmediaciones por el castillo de Rodolfo, nombre que llevaba un caballero francés que habia venido á servir á los reyes de Castilla, y á quien por sus grandes servicios habian señalado los monarcas castellanos grandes heredamientos y derechos. Habitábase en la época á que me refiero, un conde, llamado tambien Rodolfo, como su progenitor, y el cual era tenido en mucha estima en el pais por sus excelentes cualidades y sus sentimientos generosos y humanitarios para con sus vasallos. En vez de oprimirlos con onerosas exacciones, el conde Rodolfo les aliviaba, en lo posible, los tributos, les consolaba en sus aflicciones, y les proporcionaba remedios en sus infortunios. Su nombre era bendecido en la comarca como el de un bienhechor, tanto mas, cuanto que no muy lejos vivia otro castellano de carác-

ter y sentimientos opuestos, que hacia resaltar, por su contraste, el noble proceder del conde.

Su continente era digno, su estatura mediana, el cabello negro y cortado segun la moda imperial, ojos negros y vivos, nariz aguileña, el conjunto agradable, y representaba de cuarenta y seis á cuarenta y ocho años. No obstante, un atento observador hubiera notado en su fisonomia cierto aspecto de tristeza y abatimiento que contrastaba visiblemente con la atmósfera de apacible felicidad que le rodeaba. Hacia algun tiempo que abandonaba su diversion favorita, la caza, por frecuentar el castillo de..... distante pocas leguas del suyo, donde la bella Rosaura, hija del baron de*** era el encanto de todos los que la trataban. De tez blanca, cabellos negros, ojos negros tambien y velados por largas pestañas, boca de tamaño regular, lábios rojos como la amapola y dientes mas blancos que la nieve que corona la montaña, era difícil ver á Rosaura sin enamorarse ciegamente de ella. Pero decíase entre las gentes que tenian entrada en el castillo, que la bella castellana habia entregado ya su corazon á un mancebo gentil y apuesto, sobrino del conde Rodolfo, que á la sazón hacia la guerra á los turcos en Hungría, bajo las banderas de Fernando, hermano de Carlos I de España. A pesar de que el conde Rodolfo no habia observado aquel amor, amando él tambien á la bella Rosaura, no pudo dejar de conocer y sospechar en la reserva con que correspondia ella á sus repetidas muestras de amorosa deferencia, que otra pasion se habia anticipado á su amor.

El baron de***, padre de Rosaura, que no ignoraba los amores de esta con Alfredo, el sobrino del conde Rodolfo, preferia á este como un partido para su hija mucho mas ventajoso que el de aquel, huérfano noble, valiente y generoso, es verdad, pero sin otro patrimonio que su espada. Asi que, cuando el conde Rodolfo le confesó la pasion que Rosaura le habia inspirado, la obligó á ofrecer su mano al que no podia inspirarla sino indiferencia, ya que no aborrecimiento por ser la causa de que la arrebatasen su amor, aunque sin saberlo. La pobre niña lloró, suplicó, se arrojó ante su padre; todo en vano. La lógica de aquellos tiempos era terrible; el hijo debia obediencia ciega al padre, y el sacrificio de sus mas caras afecciones siempre que estuvieran encontradas con los intereses y propósitos paternales: principios que traen sus ventajas; pero que como todo lo que se exagera tiene tambien á las veces gravísimos inconvenientes. Dióla tres meses de término, al cabo de los cuales se efectuó el enlace, sin ostentacion, sin aparato, sin alegría, y aun pudiera añadirse con funestos augurios para lo porvenir.

—Padre mio, dijo María interrumpiendo al anciano, ¿y decís que era bueno el conde Rodolfo? ¿Abusar de ese modo de la ilimitada y despótica influencia del baron sobre su hija!

—Si, hija mia, era bueno; pero le cegó su pasion, no vió lo que debia haber visto, y de aquí el término funesto de aquella desventurada union.

Decia, pues, que cumplido el plazo de los tres meses; se verificó el matrimonio en el castillo del baron, sin mas testigos que éste y sus criados. En seguida se trasladaron el conde Rodolfo y su jóven esposa á su castillo del barranco del Espía, no sin haber recomendado antes el baron á su hija, estando á solas, la prudencia que exigía su nuevo

estado, y e l olvido completo que debía á todo lo que antes habia mirado con amorosa predileccion. Rosaura lo ofreció así, y su padre al despedirla, besó su frente y la echó su bendicion.

Luego que llegaron al castillo, el conde y Rosaura se retiraron á su cámara, en donde los dejaron solos despues que las doncellas de la castellana hubieron arreglado su tocado de noche. Entonces Rosaura, con un tono tranquilo y resuelto á la vez.

—Escuchadme un momento, señor, dijo, y no os ofendais por lo que os voy á decir. Siendo inútil toda resistencia que hubiera opuesto á lo decidido por mi padre, he resuelto apelar á vuestra hidalguía, confiando en que no querreis hacerme desgraciada.

—Hablad, dijo el conde alarmado, ¿qué quereis decir?

—Mi padre, cuya autoridad respeto, no ha consultado bastante mi felicidad, y sin quererlo, acaso me ha hecho desgraciada para siempre.....

—¡Rosaura! ¡vos desgraciada! exclamó el conde.

—¡Oh! repito que no os ofendais por lo que os voy á decir: yo no os he amado, y esto lo habeis debido comprender desde el momento en que acogí con la indiferencia vuestros solícitos galanteos.

—Verdad es, pero yo supuse que algun pesar pasajero os entristecia y que el tiempo.....

—Pues bien, yo no podia corresponder con mi amor, si con mi amistad.

—Pero decid con franqueza, replicó el conde con el acento del dolor, ¿acaso amábais á otro? Si era así, ¿por qué no me lo dijisteis con franqueza antes de que se efectuase nuestro enlace? ¿No veis que así me haceis el mas desgraciado de los hombres?

—No lo hice, porque á haber hablado con franqueza, yo os conocia, habriais desistido de casaros conmigo, y esto hubiera acibarado los dias de mi anciano padre. He preferido, pues, sacrificarme, y al hacerlo me he fijado en la resolucion irrevocable que os diré: en mi teneis una amiga fiel, que no os faltará; pero entregáros mi corazón..... imposible.

Y diciendo esto, lágrimas abundantes brotaron de sus divinos ojos.

—Pero eso es horrible, señora, dijo el conde: y si yo exijese....

—Conseguiriais que atentára á mi vida, replicó Rosaura con acento firme y resuelto.

—Pues bien, Rosaura, ved mi afliccion, al menos ¿no me dais siquiera una esperanza para lo porvenir?

—Hoy, imposible me es dárosla, mañana... ¿quién sabe!

—Está bien, Rosaura, soy hombre de honor, y os doy mi palabra de no exijir de vos jamás, lo que solo voluntariamente debe obtenerse, por mas que tenga en mi apoyo los incontestables derechos de esposo, á que renuncio por vos. Mas este secreto debe quedar encerrado entre las paredes de este aposento: todas las noches nos retiraremos á esta habitacion, y cuando quedemos solos, yo me iré al retrete inmediato, y vos aquí podreis garantiros de todo temor corriendo sus pasadores. Ya veis hasta donde llega mi condescendencia. Ahora bien, decidme, si creéis que me asiste algun derecho para preguntaros; ¿es solo indiferencia hácia mí lo que os obliga á tomar esa determinacion, ó es que amais á otro?

—¡Ah! ¡habeis sido generoso hasta aquí, sedlo ya hasta el fin: respetad los secretos del corazón de una muger!

—Pues bien: no hablemos mas: solo me resta deciros, señora, que mi nombre no tiene nada que le oscurezca, mi honra ninguna mancha que la empañe: os entrego una y otro; ved que las sombras se borran con el fuego, las manchas se lavan con sangre. Y ahora, adios, señora, vos llorais vuestra desgracia, compadeceos del dolor que causa á mi corazón.

III.

EL RETORNO.

Desde aquella noche corrieron los dias, tristes para Rosaura, monótonos y sombríos para Rodolfo. Todo cuanto el hombre apasionadamente enamorado puede idear para captarse el cariño de la muger á quien ama, todo lo hizo el conde. Mas inútiles eran sus desvelos. La hermosa castellana languidecia, y sus repetidos suspiros, la palidez de su bello semblante y lividez que rodeaba como una aureola sus divinos ojos, demostraban visiblemente que la pena que la devoraba, no se mitigaba en lo mas mínimo.

Por mas que ambos guardasen el mayor secreto, algo se traslucía entre los criados, que no encontraban en aquel matrimonio la expansion natural entre dos seres que se aman. Contribuia á hacerles dudar de su felicidad, los rumores que habian precedido á la boda, acerca de los amores de la castellana con el sobrino de su señor. Mas, sin embargo, veian la afabilidad del conde Rodolfo para con su esposa, el afecto con que esta le correspondia, y si no creian en un intenso amor, al menos veian una cariñosa correspondencia.

Una noche, seis meses habian transcurrido desde la que sucedió á su casamiento, el conde, al tiempo de retirarse como de costumbre á la habitacion contigua despues de quedarse solos, no pudiendo ya contener al cabo de tanto tiempo los impulsos de su corazón:

—Rosaura, dijo á su esposa, ¿continúais siempre pensando como la primera noche de nuestro desventurado enlace?

—Siempre lo mismo.

—¡Piedad, Rosaura, ved que me matais así! ¿Será posible que no logre ser el objeto de vuestro amor? ¿Estais descontenta de mí? ¿No veis cuál os amo? Y siendo así, vuestro desamor me destroza el corazón. Apiadaos de mí, Rosaura, la muerte, prefiero mil veces la muerte á esta situacion.

—Rodolfo, no os impuse la prohibicion de que me amárais, contestó Rosaura; os dije únicamente que en aquel momento no podia amaros... eso repito hoy... mañana... ¿quién sabe!

—¡Oh! repetidme esas palabras de consuelo, decidme que me amareis algun dia, y yo esperaré, sí, ¿qué podría alterar mi constancia!

—Esperad, y acaso conseguireis... ¿Puedo deciros mas?

—Me basta, Rosaura mia, á fuerza de abnegacion, haré que me améis.

—Por ahora, acordaos de nuestro convenio, dijo señalando á la puerta de la habitacion del conde.

—Sí, no lo olvido; ¡adios, esperanza mia! ¡Quiera el cielo ablandar pronto tu corazón!

Y transcurrieron otros tres meses, al cabo de los cuales notaron los habitantes del castillo una variación notable en sus señores. Pintábase en el semblante del conde Rodolfo una franca y comunicativa alegría; Rosaura, aunque conservaba las huellas de su pasada tristeza, dejaba ver en su rostro mas animación, mas fuego en sus ojos. Las partidas de caza, diversion favorita del conde Rodolfo, habían vuelto á alegrar los parques del castillo, mudos y solitarios largo tiempo hacia: todo había recobrado su antigua animación en aquella mansión de que parecía haber huido la felicidad.

Rodolfo y Rosaura almorzaban un día en uno de los magníficos salones del castillo. Un criado entró y entregó al conde una carta, quien luego que la hubo leído dijo con alegre sonrisa:

—¡Todo es ya felicidad! mi sobrino Alfredo, de quien no sabía hacia un año, me escribe al fin; goza de buena salud, se ve estimado y distinguido por sus generales, y despues de haber conquistado lauros en la campaña de Hungría contra los turcos, terminada esta, vuelve á mis brazos, á descansar por algun tiempo entre nosotros de las fatigas de la guerra. Esto pone el colmo á mi felicidad: es huérfano, hijo de una hermana mia, le recogí desde niño á poco de quedarse sin padres, he hecho de él un hombre honrado, y le quiero como á hijo. Por otra parte, su carácter le hace amar; buena figura, maneja un corcel con soltura y destreza, no tiene rival en disparar un venablo, nadie le escede en cortesía..... Mas, ¿qué tienes? Esa palidez.....

—No es nada, se apresuró á decir Rosaura, pálida como un cadáver; sin duda..... un mareo.

—¿Quieres descansar? Te acompañaré á tu gabinete.....

—Sí, me parece que se desvanece algo mi vista; pero no será nada, algunos instantes de reposo serán bastantes á calmar esta indisposición que no debe alarmarte.

Levantóse Rodolfo, y acompañó á su esposa á su gabinete, donde se tendió ésta en el lecho, mientras él velaba á su cabecera.

Quince días despues paraba á la puerta del castillo un apuesto caballero, de rostro juvenil y aire desenvuelto. Entregó las riendas de su corcel á un palafrenero, y subió presuroso la escalera principal, ansioso de abrazar al conde Rodolfo; con esto se comprenderá que el viagero era Alfredo. Esperábase éste en la meseta de la escalera, noticioso de su llegada.

—Ven á los brazos de tu padre, le dijo el conde en cuanto le vió, querido Alfredo, á tu padre que te perdona el no haberle escrito en un año.

—Perdonadme, señor, contestó Alfredo abrazando al conde, las balas de los turcos no tuvieron en cuenta el cariño que os tengo, y me imposibilitaron de escribiros.

—¿Estás herido? exclamó el conde con la mas viva solitud.

—Lo estuve; pero me curé completamente. En la batalla de Buda, recibí un balazo en el costado derecho, y tuve la suerte de que el proyectil se corriera á lo largo de las costillas; pero ¿qué importa lo que yo pudiera padecer? sobrado recompensado está mi patriótico corazón con la gloria que los tercios españoles, vencedores en Italia, han recogido en los países baluartes de la cristiandad, que les deben por dos veces no ser dominada por los sectarios del

Islam; la primera espulsándolos de Granada, último atrinchamiento de su poder en España, la segunda venciendo en los campos de Buda.

—No te envanezcas demasiado, picaruelo, eres jóven y todavía te quedan muchos laureles que recoger. ¿Y cuánto tiempo te durará la licencia?

—¡Muy poco! padre mio.... dijo el jóven bajando los ojos y ruborizándose.

—Lo dices con un modo, replicó el conde dándole un nuevo abrazo, que cualquiera pensaria te atrae á estos lugares otro objeto.

—¡Oh! no, padre mio; pero hace tanto tiempo que estoy ausente de aquí!

—Bien; ya hablaremos de eso: y ahora es preciso que hablemos de otra cosa. Hijo mio, por mas que te sorprenda, debo participarte que tenemos otra persona en casa que tendrá para tí el mismo cariño que yo te profeso: me he casado....

—¿Cómo! ¿os habeis casado?

—Sí, hijo mio, con una criatura angelical.

—¡Oh! ¿Y todavía no me habeis presentado á vuestra esposa! Sabeis que todo lo que merece vuestro amor participa de mi cariño.

—Ven.

Y el conde Rodolfo condujo á su sobrino atravesando habitaciones y galerías, al retrete donde frecuentemente se retiraba Rosaura, situado en un ángulo apartado del castillo, hacia la parte que daba al bosque.

IV.

EL PRIMER AMOR.

Pensativa estaba Rosaura en su retiro, y tan abstraída se hallaba en su meditación, que no notó la llegada de su esposo.

—Rosaura, le dijo éste al entrar, aquí tenemos á Alfredo, á mi sobrino, que viene á saludarte.

Rosaura se volvió para mirar al recién llegado, y exhalando un grito cayó desmayada en su sillón. Alfredo inmóvil como una estatua, en el colmo del asombro, no pudo articular palabra. Alarmado el conde, acudió á prestar auxilio á Rosaura sin reparar en la sorpresa y el asombro en que se encontraba su sobrino.

Al cabo de un instante, procurando éste recobrar la serenidad, llamó á las doncellas de Rosaura, las que acudiendo al punto, hicieron volver del desmayo á su señora por medio de sales que la hicieron aspirar.

—Rosaura, dijo angustiado el conde, vuelve en tí, ¿qué sientes? será preciso llamar á un médico.

—No, no es nada.... no sé por qué.... sin duda la sorpresa cuando no os esperaba.....

—Venía á presentarte mi sobrino Alfredo.

—Señora, dijo Alfredo conmovido, á haber podido imaginar que mi presencia pudiera causaros tal sensación, me hubiera abstenido de presentarme á vos.

—No lo creas, dijo el conde, hace ya días que no se siente buena, y á no haberse opuesto tenazmente á ello, hubiera enviado á buscar un famoso químico, gran inteligente en las virtudes medicinales de las plantas, que vive en las inmediaciones. Ea, Rosaura, serénate, ¿estás mas tran-

quila? Ahora tenemos un individuo mas en la familia, que nos hará compañía, y ya verás cuán divertidos pasamos los días.

—Todo cuanto de mí dependa, replicó Alfredo, y que pueda hacerlos mas agradable la existencia, todo lo haré gustoso.

En efecto, desde ese día hubo una notable variación en el régimen ordinario de la casa.

Hemos dicho ya que Rosaura, perdidamente enamorada en otro tiempo de Alfredo, no pudo entregar su corazón á su marido en los primeros meses de su casamiento. Sin embargo, el tiempo había ido disminuyendo la intensidad de aquel amor, y cuando Alfredo volvió á casa de su tío Rodolfo, ya los dos esposos vivían en una unión íntima y armoniosa.

En los primeros días de su llegada al castillo, Rosaura evitaba encontrarse á solas con Alfredo. Este por su parte, si bien no buscaba la ocasión, tampoco la esquivaba, y su fisonomía antes risueña, se había tornado melancólica. A su pesar, sus miradas buscaban incesantemente las miradas de Rosaura: si se encontraban alguna vez, ambos bajaban sus ojos al suelo, avergonzados como si hubiesen cometido alguna acción detestable. En el paseo, en las cacerías, en las veladas, en todas partes ponía el demonio tentador ante Alfredo la encantadora imagen de Rosaura, á cuyo amor había correspondido en otro tiempo, en quien había pensado únicamente al abrirse paso su espada por entre las filas agarenas, á quien se había dirigido mentalmente después de orar á su Dios en el momento de ser herido, á quien esperaba volver á ver mas hermosa, mas enamorada que nunca.

Rosaura no sufría menos que su antiguo amante, á pesar de la calma que aparentaba.

Procurando aparecer indiferente á Alfredo, reservaba para sus ratos de soledad desahogar su corazón derramando abundantes lágrimas. ¡Cuánta hubiera sido su dicha unida al que su amor había elegido! Mas comprendía el abismo que se abría á sus pies el día en que una imprudencia revelase aquel amor que debía ocultar para siempre en su pecho. Y por otra parte, nada tenía que echar en cara á su esposo, á no ser su excesiva solicitud para con ella.

Pero la fatalidad echó por tierra los mas firmes propósitos del hombre.

Un día en que el conde debía dar audiencia á algunos de sus colonos, invitó á Rosaura y Alfredo á que no se privaran del paseo que cotidianamente daban á caballo por el bosque. Resistieron ellos al principio; pero insistió tanto Rodolfo que al fin concluyeron por ceder.

Bajo las frondosas alamedas del parque, entre cuyo follaje brillaban con fantástico resplandor los rayos del sol poniente, cabalgaban juntos Rosaura y Alfredo, siguiéndolos á alguna distancia dos palafreneros.

La naturaleza había creado aquellas dos almas jóvenes y entusiastas á propósito para simpatizar y amarse; el destino los había separado. La brisa que susurraba, el canto de las aveciñas que se retiraban presurosas á su nido despidiéndose del día, el ambiente embalsamado que se respiraba, todo hablaba un lenguaje de amor, todo convidaba al placer y á la molición.

A medida que avanzaban era mas espeso el follaje del

bosque. Guardaban un profundo silencio; su imaginación vagaba por la región de las ilusiones. Al fin Alfredo rompió el silencio.

—¿Os cansáis, señora?

—No, sabéis que tengo costumbre de pasear á caballo. ¡Qué quereis! en el aislamiento en que vivimos, es preciso aprovechar las únicas distracciones que tenemos. Antes de que os marchaseis á la guerra tenía ya vuestro tío esa costumbre, según me ha dicho, y luego que nos casamos quise que continuara del mismo modo. Esto y la caza ha sido nuestra única diversión.

—Y sin embargo, ¡cuántas veces he envidiado la felicidad de mi tío en frecuentar estos sitios!

Hubo un momento en que ambos callaron, y movidos por un sentimiento unánime é impremeditado, pusieron los caballos al galope dejando gran trecho atrás á los palafreneros, que iban al paso departiendo amigablemente. Al cabo de un rato y conteniendo la rienda:

—¡Cuántas veces, dijo Alfredo, recordaba yo en medio del estruendo de los campamentos, estos valles en que corrí tranquila mi infancia!.... en que mi juventud pasaba feliz.... y que hoy deseo abandonar!

—No comprendo la razón, dijo Rosaura.

—¡Ah! replicó Alfredo dando un suspiro, bien sabéis que la felicidad huyó de mí para siempre, y es natural que deteste los lugares que pueden recordármela.

—Haceis mal, cada situación de la vida tiene sus atractivos, la sabiduría consiste en saberlos aprovechar.

—No hay para mí atractivos, dijo Alfredo, donde pereció para siempre mi esperanza.

Nada contestó Rosaura, y así continuaron algun tiempo al paso de sus corceles. Mas habiéndose puesto el sol á los pocos minutos, dijo Rosaura:

—Volvamos al castillo, la noche se acerca.

—¿Tanto deseáis volver? replicó Alfredo con tono melancólico.

—No; pero sabéis que vuestro tío desea tenernos á su lado desde que anochece para conversar con vos sobre vuestra campaña y referiros las suyas.

—¡Maldigo mi estrella que á ella me llevó!

—Y sin embargo, allí adquiristeis gloria.

—¿Y qué me importa si perdí mi amor? ¡Ah! sin duda no habeis amado nunca, señora.

A este arranque de despecho, Rosaura no contestó. Volvió la cabeza como para buscar un apoyo que la librara de los impulsos de su propio corazón; pero los criados, ó ignoraban por donde estaban sus amos, ó se habían quedado muy atrás. Estaba, pues, entregada á sus propios recursos.

—Y si amé, ¿qué importa? dijo Rosaura después de un breve rato; el amor que en otro tiempo fué santo hoy sería criminal.

—Teneis razón, perdonad un momento de extravío á una cabeza joven, á un corazón que no amó mas que á una mujer. Si, Rosaura, os amé con delirio, os quise con frenética adoración. En la soledad, entre el bullicio de las gentes, en todas partes os veía, animándome con vuestra voz, con vuestra mirada, y ofreciéndome en premio de mis hechos de armas vuestra encantadora mano, y con ella un porvenir de felicidad. Vengo con el ansia de veros para renovar mis juramentos de amor, para exigir de vos la

realización de mis sueños dorados.... y os encuentro enlazada á otro.... ¡Oh, esto es cruelmente horrible! Y ese otro es mi tío.... mas aun, mi segundo padre. Mil veces he pensado cual puede haber sido la causa de ese cambio que he visto en vos, y nunca he podido persuadirme de que haya sido por un capricho nacido de la inconstancia.

—¡Oh! no; mi padre me obligó á casarme con Rodolfo. Habiéndome resistido, me dió un plazo de tres meses; yo confiaba que en ese tiempo acaso volveriais, confiariais nuestro amor á Rodolfo y que éste por el amor que os profesaba renunciaria á mi mano, y hablaria por vos á mi padre.

—¿Y por qué no se lo confiásteis vos?

—El amor que me manifestaba era tal, que temí en su obcecación no cediera á mis súplicas.

—¡Ah! labrásteis mi desgracia! dijo Alfredo en el tono de la mas desgarradora desesperación.

—Consolaos, Alfredo, el tiempo.... replicó Rosaura bajando los ojos.

—¡El tiempo! ¿Y no veis que he pasado el mejor tiempo de mi vida pensando en vos?... en vos, que os olvidábais de mí en los brazos de otro!

—¡Qué injusto sois, Alfredo!

Habia tanto amor en esta reconvencción de Rosaura, que Alfredo frenético, detuvo su caballo ante el de Rosaura, y la dijo con voz apagada:

—¿Me amais aun?

—Alfredo, ¿y vuestro protector?

—¿Y mi felicidad? ¡oh! decidme que me amais, que conservais para mí aquel amor que me jurabais en dias mas felices, y me alejo para siempre de estos sitios, porque la estancia en ellos pudiera hacerme culpable.

—¿Y quereis exigir de mí esa confesion! ¿No temeis destrozar mi conciencia?

—¡Señora! ¿Temeis destrozar mi corazón? ¡Ah! nunca me habeis amado; me habeis mentido amor.

—¿Que no le amo, Dios mio! dijo Rosaura: y sus ojos se cerraron dando señales de un inminente desvanecimiento. Hubiera caído al suelo á no haberse arrojado precipitadamente Alfredo de su caballo y tomándola en sus brazos depositándola ya desmayada sobre el césped:

—Rosaura, Rosaura mia, repetia el acongojado mancebo estrechando entre sus brazos á su amada, Rosaura, vuelve en tí, ¡perdona mis imprudentes palabras! ¡te amo tanto!....

La hermosa castellana, reclinada su cabeza sobre el hombro del jóven, fué volviendo en sí.

—Tranquilízate, Rosaura mia, amor mio; estás conmigo, con tu Alfredo; estamos solos y puedo decírtelo todo. Si tú me amas, la violencia que contigo han empleado, no ha sido bastante á hacerte olvidar mi amor; perdona si imprudente te acusé de veleidosa, á tí, la mas pura y constante de todas las mugeres....

—¡Piedad, Alfredo, piedad para mí!

—¡Oh! no temas, el mundo no existe ahora para nosotros, la soledad nos protege....

—¿Y la conciencia y el deber! dijo Rosaura haciendo un supremo esfuerzo para desasirse de los brazos de Alfredo.

—¿Y el corazón! replicó este conteniéndola.

Los largos cabellos de Rosaura flotando á merced del viento, rozaban las mejillas del amante, inundándole de

una fragancia voluptuosa que embargaba todos sus sentidos: pálida y desfallecida inclinó Rosaura su cabeza.... y ya nada interrumpió el silencio de aquel sitio sombrío, á no ser el movimiento pausado de las copas de los árboles, que mecía la brisa y que velaban con misterioso arrullo un amor criminal.

A no haberlos abstraído una pasión fatal, hubieran podido oír los imprudentes amantes el ruido de las matas que separaba con violencia un hombre que se alejaba presuroso y recatadamente por entre lo mas espeso de la selva.

Las sombras de la noche no permitían distinguir en aquella lóbreguez.

V.

LA PENDIENTE.

¡Ay del hombre que se deja arrastrar por las pasiones! Si no las ha podido vencer, si no ha conseguido librarse de su terrible aguijón, de una en otra falta, de uno en otro desliz, su vida será una cadena de abominaciones.

El hombre encuentra recursos contra los primeros impulsos del crimen en su propia conciencia: todavía conserva su pureza, el aliento mofético del mal no la emponzoñó aun, y por tanto la tranquilidad no le ha abandonado; pero una vez dado el primer paso en la carrera del mal, ya nada le detiene; colocado en la fatal pendiente no se detendrá hasta el abismo.

Rosaura y Alfredo habian luchado para defenderse del génio del mal que vertía en sus oídos palabras alhagüenas. El deber, el agradecimiento, sus buenas inclinaciones habian vencido hasta el momento en que el abandono de sí mismos, el aguijón de sus deseos reprimidos, los hizo entrar un paraíso allí donde les aguardaba el infierno con todos sus horrores. Antes se retrataba en sus fisonomías la tristeza que infunde una pasión contrariada, la resignación con el porvenir que los acontecimientos les han deparado; hubo un dia en que reflejaron en ellas el remordimiento de una pasión satisfecha, de un gozo impuro, poseído faltando á un sagrado deber. Antes pasaban sus dias melancólicos, si, pero tranquilos: ahora correrán entre el placer, es verdad; pero en la zozobra y el remordimiento. Colocados en la fatal pendiente, no pararán hasta el abismo.

Rosaura y Alfredo evitaban en lo posible la presencia del conde y esquivaban acompañarle á sus cacerías. Mas no podia Rodolfo ni siquiera sospechar la ofensa que le hacían, la afrenta con que habian pagado la una su cariño, el otro su celo paternal. Veía la afición á la soledad que ambos demostraban, pero lo atribuía á caprichos de la juventud, mal avenida, por lo regular, con los placeres del campo. Así que, al principio les rogó que le acompañasen á sus expediciones por el bosque; mas concluyó por dejarlos en completa libertad, y se dedicaba solo con sus monteros á su pasión por la caza.

Entregados los dos amantes á su amor, pasaban los dias sin que hasta entonces hubiesen tenido el menor contratiempo. Una mañana el conde Rodolfo rogó á su sobrino con mas instancia que de costumbre le acompañase á dar una batida por el monte; tanto, que Alfredo tuvo al fin que ceder, y se dispuso á acompañarle.

—Segun lo que mis monteros me han dicho, dijo Rodolfo, la caza será abundante.